

Jaime I. La campaña de Murcia. 1265-1266

Antonio José Mazón Albarracín (Ajomalba)

PRÓLOGO:

Con la firma del tratado de Alcaraz en 1243, el convulso reino de Murcia se convirtió en protectorado castellano. Por las buenas o por las malas, las tropas de Fernando III se fueron instalando en los castillos murcianos, entre ellos el de Orihuela.

Dos décadas después, ya fallecido el rey santo, estalló una sublevación que obligó a su hijo, Alfonso X, a solicitar la ayuda de su suegro, el rey de Aragón.

Entre la primavera y el verano de 1265 el infante Pedro hostigó duramente el territorio que hoy se corresponde con la provincia de Alicante, entonces parte del reino de Murcia; y así quedó reflejado en la «Crónica catalana» de Ramón Muntaner, soldado y cronista que vivió entre los siglos XIII y XIV.

Ordenó (Jaime I) que dicho señor infante En Pedro hiciese una correría hacia el reino de Murcia, a fin de reconocer en qué estado se hallaba dicho reino. Así pues, que dicho señor infante En Pedro tuvo arreglado su ejército, compuesto de muchos ricos hombres y caballeros de Cataluña, de Aragón y del reino de Valencia, y de ciudadanos y hombres de mar y almogávares, recorriendo por mar y por tierra dicho reino, fue talando y destruyendo todo el país, sin moverse de cualquier lugar a donde fuese, hasta tanto que lo había talado.

Su devastadora incursión dejó preparado el terreno para la llegada de su padre, Jaime I el Conquistador.

DE COMO EL REY JAIME ENTRÓ EN ALICANTE

Cuando el monarca aragonés se presentó con su ejército en la frontera del reino, el recorrido hasta la capital era ya fruta madura.

En la campaña murciana encontramos a un Jaime I negociador, dispuesto a convencer y a sobornar antes de emplear la fuerza. Un paseo triunfal con poca sangre y mucha mano izquierda.

En Biar trató con los de Villena, viejos conocidos de la campaña de 1240. Los villenenses achacaron su revuelta al mal trato recibido de Castilla. Reunido con los treinta mejores de la villa, prometió interceder para que su yerno los perdonase si se entregaban pacíficamente.

Le pidieron de plazo hasta la noche. Al oscurecer llegaron dos mensajeros y uno de ellos hablaba romance. Para «engrasar» el trato, a escondidas, Jaime le entregó cien besantes; y todo quedó resuelto firmando las escrituras de sumisión.

De allí pasó a Elda, acampando fuera de la villa. Los sublevados, que se habían negado a rendirse, salieron suplicando que no talase la huerta al ver llegar a su hueste. De Elda marchó a Petrer y, antes de ponerse el sol, en su castillo lucía también el pendón cristiano.

Al día siguiente cayó Nompot, una aldea alicantina que con el tiempo se llamaría Monforte.



Llibre dels feits de Jaume I

En este recorrido hasta la capital del reino utilizó dos bases operativas; dos ciudades que mantenían la bandera castellana gracias a sus reforzadas guarniciones: Alicante y Orihuela.

Alicante, además de puerto en el Mediterráneo, contaba con un poderoso castillo. Como ciudad que no aceptó el pacto de Alcaraz y fue reducida por la fuerza de las armas, desde 1252 tenía constituido su concejo castellano y Alfonso X se había esforzado en repoblarla.

En Alicante pasó Jaime varios días organizando su hueste formada por catalanes, aragoneses, castellanos, la nueva población valenciana y un buen contingente de tropas almogávares.

El 21 de noviembre de 1265 reunió a los infantes Pedro y Jaime, al obispo de Barcelona, a los ricos hombres y caballeros para dictarles las normas a seguir en la campaña contra los rebeldes murcianos.

Les inculcó su papel en el reino de Murcia; que no era otro que someterlo de nuevo a la Corona de Castilla. Sus hombres debían evitar incidentes con castellanos y mudéjares. Avanzarían en bloque, sin dispersarse en grupos que pudiesen ser presa fácil en una emboscada.

Nadie usaría las armas sin su autorización expresa, avisando de cualquier amenaza y acudiendo al grito catalán de «vía fora». Las disputas entre ellos serían juzgadas por dos caballeros nombrados para tal menester.

En cuanto al reparto del botín, fuente permanente de conflictos, este sería subastado atendiendo al rango, condición, actuación en combate, pérdidas materiales y heridas recibidas. Cualquier acto que contraviniese

sus instrucciones sería juzgado como traición.

Terminada aquella reunión envió un mensajero a Elche, convocando a sus negociadores. Y pactó que a su llegada le entregarían la Torre de la Calahorra, la mejor y más fuerte de la villa.

Por fin llegaron al puerto alicantino dos galeras catalanas que remolcaban dos naves más pequeñas cargadas de Trigo. Bien avituallados, reunió a su consejo y preguntó qué plaza sería la siguiente. Estos votaron por Elche, situada en el camino hacia Orihuela y Murcia.

Sin decir que ya tenía pactada su rendición se ofreció para negociar personalmente con los ilicitanos antes de pasar al asedio. Se adelantó con cien caballeros y, cuando el grueso del ejército llegó, Jaime estaba ya aceptando la rendición, dejando maravillados a sus hombres por su poder de persuasión.

DE COMO EL REY JAIME LLEGÓ A ORIHUELA.

En Elche dejó al Obispo de Barcelona y ese mismo día se dirigió hacia Orihuela, donde la sublevación tampoco había triunfado por la heroica resistencia de los atrincheros en el castillo que, alborozados, le abrieron las puertas.

A finales de noviembre de 1265, sin disparar una flecha, el rey de Aragón había recuperado todo el terreno desde Villena y Alicante hasta Orihuela, la mejor base de operaciones para preparar el asedio a la capital, su próximo objetivo.

La conquista de Orihuela por parte de Jaime I no fue lo que se dice una hazaña militar. Como ya he dicho, el propio monarca presumió en su crónica de haber llegado sin disparar una ballesta.

Es lógico suponer que, advertidos de la amenaza, los sublevados en Orihuela abandonasen la ciudad buscando refugio tras las murallas de Murcia o emigrando directamente a Granada.

Su entrada acabó con el suplicio de unos defensores que habían aguantado más de un año asediados en el inexpugnable castillo oriolano. No quedó constancia del día exacto; pero sabiendo la fecha de su paso por Alicante; que su primera visita a Orihuela duró ocho días; y que en torno al cuatro de diciembre se reunió con su yerno en Alcaraz, la llegada a nuestra ciudad debió rondar el 25 de noviembre de 1265.

La heroica resistencia de aquel puñado de hombres sin llegar a perder la plaza en ningún momento fue recompensada con tierras, casas y solares. Y sus nombres quedaron registrados para siempre en los repartos con los siguientes conceptos: los que se encerraron en el castillo, los que acudieron en su ayuda y los que fueron cercados en la ciudad.

Teniendo en cuenta que la población mozárabe había desaparecido durante el siglo XII, la tenaz resistencia nos hace pensar que el número de cristianos asentados por Alfonso X en la Orihuela musulmana fue más que una simple guarnición militar; y que antes de



Jaime I Uryula. Realizado con IA.

llegar el Conquistador, los sitiados habrían recibido refuerzos; quizá en una de las cabalgadas del infante Pedro.

Hace ya casi un siglo, Justo García Soriano intentó sacar del olvido sus nombres, pero siguen sepultados por el peso de nuestra hermosa leyenda fundacional.

Nadie recuerda a personajes como el caballero Fortún de Vergara, el maestre de campo Ferrando de Marfa, el capitán de infantería Juan Jové, Iñigo Darún, Ibáñez de Oriol, Bernardo Crespo, Pedro Zapatero, Pere Roca, Berenguer de Olivares; el judío llamado Jacob Avendino ...

Estos y los que murieron en el empeño, fueron los auténticos héroes, los primeros oriolanos. Y por ello fueron mejorados en el primer reparto, fechado en el verano de 1266.

Aunque tuvieron que esperar hasta el domingo 4 de septiembre de 1272 cuando reunido el concejo de Orihuela en la iglesia del Salvador, el escribano Juan García firmó las escrituras a favor de los primitivos moradores de nuestra ciudad; otorgándoles la mitad más de lo que recibieron los que llegaron después.

Pero volvamos a noviembre de 1265.

DE LA ENTREVISTA DEL REY JAIME CON EL REY ALFONSO EN ALCARAZ.

Jaime descansaba en Orihuela; la conquista del reino estaba ya muy adelantada; tan sólo la capital y algunos castillos cercanos seguían en poder de los rebeldes, destacando el de Alhama, importante enlace con Lorca en la ruta hacia Granada.

Había llegado el momento de que suegro y yerno se reuniesen para coordinar la estrategia a seguir en el asedio a la capital. La plaza escogida fue Alcaraz, y la fecha, en torno al cuatro de diciembre.

Una semana antes, a media noche, dos almogávares procedentes de Lorca llegaron a Orihuela a uña de caballo. Las noticias que traían eran tan urgentes como para despertar al rey.

Al ponerse el sol, ochocientos jinetes granadinos, dos mil peones y dos mil acémilas cargadas de provisiones, habían pasado por Lorca con dirección a la capital. Si se daban prisa, podrían interceptarlos y bloquear la entrada de aquellos alimentos destinados a mantener la resistencia de los murcianos.

Sin perder un segundo mandó despertar a sus hijos, a los responsables de las órdenes militares y a todos los caballeros destacados

para que preparasen sus caballos y reuniesen a sus hombres frente a la puerta del Puente.

De madrugada, Jaime atravesó el que hoy conocemos como puente viejo, entonces una pasarela de madera sobre barcas, y se plantó en la explanada situada al otro lado del río.

Reunida su hueste, al despuntar el sol remontaron el Segura para emboscarse en una alquería situada en el Camino de Cartagena, entre Murcia y la montaña, un cerro donde según cita en su crónica, estaba enterrados los Banu Hud.

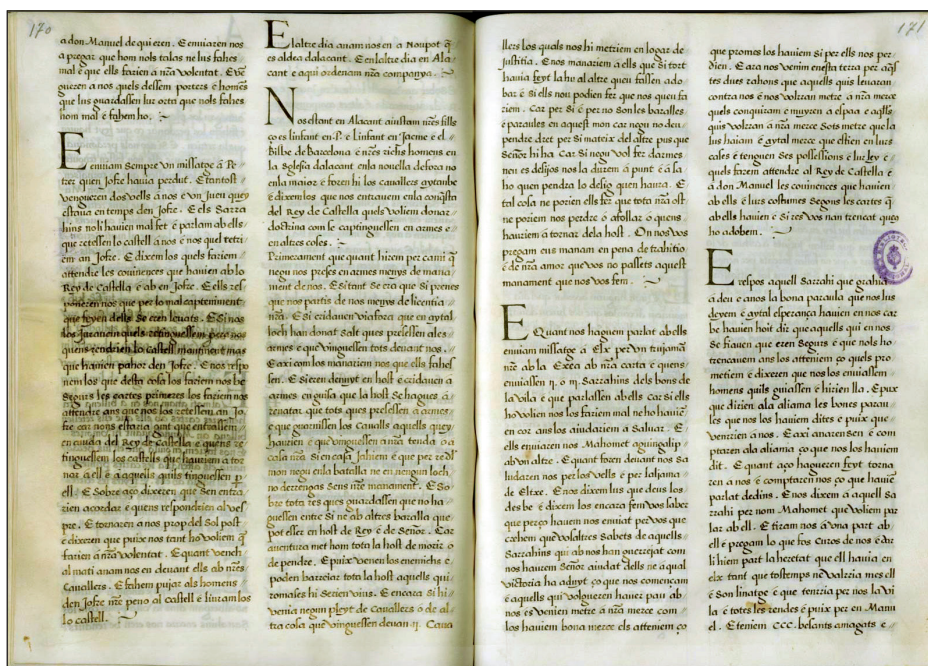
Se refería al Castillo de la Asomada, una fortaleza edificada por el rey lobo, cuyas ruinas, en el puerto de la Cadena, están ofreciendo sorprendentes hallazgos arqueológicos, entre ellos un panteón real donde pudieron estar enterrados varios emires murcianos.

En aquel cerro elevado reunió a su consejo y resolvieron salir a por ellos. Para facilitar la persecución sin fatigar a las monturas, decidió aligerar a buena parte de la caballería, dejando tan solo un centenar de caballos armados. Sus hijos saldrían en vanguardia; el infante castellano, el maestre de Uclés y Pere Guzmán, cubrirían los flancos; y el rey, con la caballería pesada, quedaría en retaguardia.

Si llegaba el caso de tener que batirse con los jinetes granadinos, nadie avanzaría hasta que mandase sonar las trompetas; y a su señal, la caballería ligera

se abalanzaría sobre ellos; detrás llegaría él con los caballos armados, arrasando cuanto quedase en el campo de batalla.

Aleccionados sus hombres, envió a Mosén Rocafull con quinientos caballeros, para que atalayasen si venían o no los granadinos. Al poco recibió un mensaje confirmando el avistamiento.



Llibre dels feits de jaume I

Enterados el maestre de Uclés y varios caballeros, presionaron al rey para salir contra ellos sin perder tiempo. Si no se daban prisa, los veloces jinetes musulmanes podrían alcanzar Murcia en una galopada y no conseguirían darles alcance.

Jaime los tranquilizó; era mejor esperar, dejarlos llegar a la llanura para situarse entre ellos y la ciudad. De esta forma no importaría lo que hiciesen los jinetes. Los peones, y lo que es más importante, las mulas cargadas que portaban, quedarían a su merced.

Pero no hubo tal combate. Por la lejana polvareda supieron que los granadinos habían descubierto la celada y volvían sobre sus pasos. Sus hombres quisieron lanzarse en persecución; pero Jaime, prudente, lo prohibió.

De regreso a Orihuela se detuvieron en Alcantarilla. Allí reunió de nuevo a sus hijos, a los principales caballeros y a los maestros de Uclés, del Hospital y de los Templarios.

Los castellanos, conocedores del terreno, aconsejaron asediar el castillo de Alhama utilizando algún ingenio militar para lanzarles piedras; según ellos, un buen mandrón emplazado en la colina, terminaría en ocho días con la resistencia de aquella fortaleza.

Pero Jaime no estaba dispuesto a correr riesgos. En una semana tenía la cita ineludible con su yerno en Alcaraz. Lo más prudente era volver y tratar el asunto en la reunión con el rey de Castilla.

En los primeros días del mes de diciembre de 1265, el Conquistador viajó de Orihuela a Alcaraz. La comitiva real estaba compuesta por trescientos caballeros; más doscientos almogávares que cabalgaban en vanguardia asegurando el camino.

Llegó puntual a la cita con Alfonso X, que salió a recibirlo a una legua de la ciudad. En su crónica repite dos veces el número de caballeros que le acompañaron en aquel viaje, presumiendo de haber dejado a otros trescientos en Orihuela. Y lo compara con los sesenta que escoltaban a su yerno cuando salió a su encuentro.

Más allá de la alegría y satisfacción que sintió durante aquella semana en Alcaraz al reunirse con su familia, Jaime no da detalles de aquella cita destinada a tratar el destino de los sarracenos murcianos.

Alfonso X podía volver tranquilo a Andalucía. Su suegro remataría la campaña en su nombre cercando la capital; la conquista de Murcia era ya cosa hecha.

DE LAS NAVIDADES DEL REY JAIME EN ORIHUELA.

Terminadas aquellas imprevistas y gozosas vacaciones partió hacia Orihuela acompañado por Manuel, el infante castellano incorporado a su ejército como adelantado mayor de Castilla.

Había llegado el momento de devolverle las plazas que formaban su señorío en el Vinalopó. Pero mal empezó la cosa. En Villena, al verlo llegar con aquel personaje al que detestaban, rompieron el juramento y se negaron a abrir las puertas.

En Elche sí se cumplió lo previsto; Don Manuel tomó posesión de la Torre de la Calahorra y según lo pactado, perdonó los asesinatos y robos cometidos por los rebeldes. Los musulmanes fueron expulsados al Arrabal de San Juan.

A Orihuela llegaron el 21 de diciembre, encontrando a sus hombres muy animados. Durante su ausencia se habían dedicado a practicar productivas cabalgadas en la huerta murciana. Se acercaba la Navidad y en nuestra ciudad pasarían las fiestas.

Al igual que en Elche, los musulmanes salieron del recinto amurallado y quedaron instalados en el arrabal del camino de Cartagena, urbanizado en el siglo XII. Está fue la primera morería oriolana, el futuro arrabal de San Agustín.

Es difícil imaginar aquellas dos semanas; con toda esa gente acampada en nuestra ciudad; la actividad febril dentro y fuera de las murallas preparando la campaña de asedio. Fabricando flechas, forjando espadas, construyendo ingenios militares...

Nunca estuvo Orihuela tan llena de gente principal. Tras sus murallas se concentró lo más selecto de la caballería cristiana. Además del monarca aragonés, figuraban los Infantes de Aragón, Pedro y Jaime; el de Castilla, Don Manuel.

Los maestros o lugartenientes de las Órdenes militares de Santiago, el Hospital y los Templarios. Los obispos de Barcelona y Cartagena. La flor y nata de la nobleza catalana y aragonesa. Los adelantados y caballeros castellanos.

Imaginaos esas ceremonias religiosas de Navidad con ilustres oradores como el prelado catalán Arnau de Gurb; o con Pedro Gallejo, confesor del rey Alfonso y primer obispo de la restituida diócesis de Cartagena. El colorido de las órdenes militares; los hospitalarios con sus capas negras; los templarios y santiaguistas de color blanco...

Las navidades de 1265, deberían ser recordadas como una efeméride oriolana y tener un sitio en las fiestas de la Reconquista.

Y así pasaron las fiestas y llegó el 1266. Al otro día del año nuevo, Jaime I salió de Orihuela acompañado por su hueste. Era la hora de tomar Murcia y quería ser de los primeros en llegar para dirigir la instalación del campamento y organizar el sitio de la capital.

Durante días los murcianos intentaron evitar lo inevitable; fueron los últimos coletazos de aquella gente desesperada y hambrienta. En dos semanas se dieron cuenta de que su aventura revolucionaria había terminado.

La capital se rindió y, ocupada su alcaza por tropas aragonesas, Jaime I regresó al campamento.

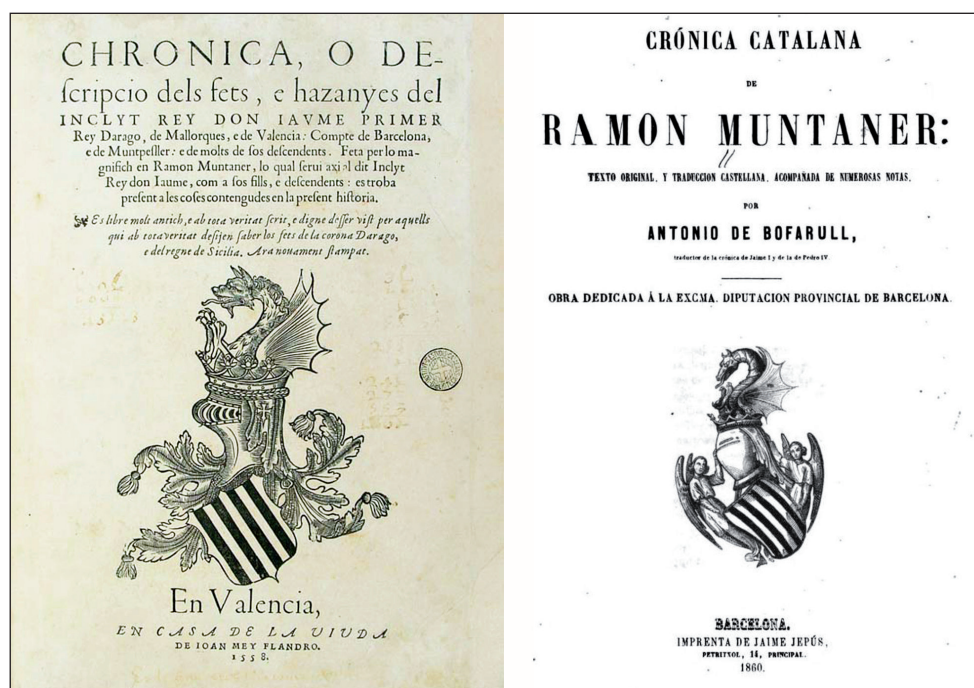
EPÍLOGO.

Jaime I pasó de nuevo fugazmente por Orihuela cuando acabó su placentera estancia de más de un mes en la Murcia conquistada. El licenciado Francisco Cascales calcula que dejó en nuestra ciudad a más de un millar de pobladores.

Vamos a terminar como empezamos, utilizando la «Crónica catalana» de Ramón Muntaner:

Luego que el rey hubo tomado la referida ciudad, la pobló toda de catalanes, y lo propio hizo en Orihuela, Elche, Guardamar, Alicante, Cartagena y en los demás lugares; porque debéis saber, que todos cuantos pueblan la tal ciudad de Murcia y los antedichos lugares son verdaderos catalanes, y hablan el más bello catalán del mundo, y además gente buena para la guerra, y capaz de todo.

Sin dificultad puede decirse, que aquel reino es uno de los más agradables del mundo, y os digo en verdad, que ni yo ni otro alguno es capaz de saber dónde existan dos provincias mejores ni más agradables, do quiera que busquéis, como son el reino de Valencia y el de Murcia.



Ramón Muntaner.

Este artículo es un resumen. Está completo en la web: «Oriola vista desde el Puente de Rusia»

